

CAPITULO II

LAS IDEAS GENERALES Y LA SUSTITUCIÓN SIMPLE

I. Nombres propios y nombres comunes.—Importancia de los nombres comunes ó generales.—Son el primer término de un par.—El segundo término de este par es un carácter general y abstracto.

II. Consecuencias.—La experiencia de este segundo término es imposible.—Razones de esta imposibilidad.—Diversos ejemplos.—Diferencia entre la imagen vaga suscitada por el nombre y el carácter preciso que este designa.—Diferencia de la imagen sensible y de la idea pura.

III. Formación actual de una idea general.—Lo que se desprende en nosotros, después que hemos visto una serie de objetos semejantes, es una tendencia final cuyo efecto es una metáfora, un sonido ó un gesto expresivo.—Ejemplos contemporáneos.—Ejemplos antiguos.—Nuestros nombres generales son restos de sonidos expresivos.—No hay en nosotros, cuando pensamos una cualidad general, más que una tendencia á nombrar y un nombre.—Este nombre es el sustituto de una experiencia imposible.

IV. Una idea general no es más que un nombre provisto de dos caracteres.—Primer carácter, la propiedad de ser evocado por la percepción de todo individuo de la clase.—Segundo carácter, la propiedad de evocar en nosotros las imágenes de los individuos de esta clase y de ella solamente.—Por estas dos propiedades, el nombre general corresponde exclusivamente á la cualidad general y viene á ser su representante mental.—Utilidad de esta sustitución.

V. Formación de los nombres generales en los niños.—La facultad del lenguaje tiene por fundamento las tendencias consecutivas que sobreviven á la experiencia de individuos semejantes y que corresponden á lo que hay de común entre estos individuos.—Ejemplos de estas tendencias en los niños.—Sentidos particulares que dan á los nombres que les enseñamos.—Originalidad y variedad de su inventiva.—Sus tendencias á nombrar terminan por coincidir con las nuestras.—Adquisición del lenguaje.—Diferencia de la inteligencia humana y de la animal.

VI. Transición de los nombres abstractos á los colectivos.—El nombre que designaba una cualidad general designa un grupo de cualidades generales.—Ejemplos.—El nombre llega á ser entonces el sustituto de otros varios y el representante mental de un grupo de cualidades generales.—Estos sustitutos son los que llamamos ideas.

I. La familia de los nombres, como es sabido, se divide en dos ramas, la de los nombres propios y la de los comunes, y se las distingue muy justamente diciendo que los primeros, como César, Tullerías, Cromwell, no convienen más que á una sola cosa, mientras que los segundos, como arbol, triángulo, color, convienen á un grupo indefinido de objetos. Estos son los más numerosos y más usados en toda memoria humana; hay treinta ó cuarenta mil en una lengua, y forman por sí solos todo el diccionario. Además, son los más importantes: por medio de ellos formamos clasificaciones, juicios, razonamientos, en resumen, pasamos de la experiencia burda y descosida á la ciencia ordenada y completa. Considerémosles con atención. Sería alcanzar una verdad capital, infinita en consecuencias, hallar, no en gramáticos ni en lógicos, sino en psicólogos, su verdadera naturaleza y su papel preciso.

Como todos los signos, y en particular como todos los nombres, son el primer término de un par y traen tras sí un segundo término. Pero este tiene caracteres muy singulares que le separan de todos los demás y prestan al nombre cualidades propias. Los lógicos y los gramáticos dicen muy bien que un nombre común, como árbol ó polígono es un nombre general ó abstracto. — Es general porque conviene á un género ó grupo de objetos semejantes, el de árbol á todos los árboles, olmos, encinas, cipreses, abedules, etc.; el de polígono á todos los polígonos, triángulos, cuadriláteros, pentágonos, exágonos, etc.— Es abstracto porque designa un *extracto*, es decir, una porción de individuo, que se encuentra en todos los del grupo; el nombre del árbol expresa la cualidad común á todas las especies de árboles, olmos, encinas, cipreses, abedules, etc.; el del polígono representa la cualidad común á todas las clases de polígonos, triángulos, cuadriláteros, pentágonos, exágonos, etc.— Se vé la unión de estos dos caracteres del nombre; es general porque es abstracto; conviene á toda la clase porque no siendo el objeto designado más que un trozo, puede volver á hallarse en todos los individuos de la clase, los cuales, semejantes desde este punto de vista, permanecen, sin embargo, desemejantes desde otros. He aquí un par de especie nueva, puesto que su segundo término no es un objeto del cual pudiéramos tener percepción y experiencia, es decir, un hecho entero y determinado, sino una porción de hecho, un fragmento separado por fuerza y por arte del todo natural á que pertenece y sin el cual no podría subsistir.

II. ¿Podemos tener la experiencia, percepción ó representación sensible de este fragmento destacado y aislado? No, ciertamente, porque esto sería contradictorio. Cuando, después de haber visto en la pizarra cuadriláteros, pentágonos, exágonos, etc., y al lado, formando contraste, círculos y elipses, pronuncio á propósito de los primeros el nombre de polígono, no tengo en mí mismo la representación sensible del polígono puro, es decir, abstracto; porque el polígono puro es una figura de varios lados, sin que estos constituyan un número; lo cual excluye toda experiencia y representación sensible; en cuanto los lados son varios, forman un número, tres, cuatro, cinco, seis, etc.; quien dice varios, dice número determinado, fijo. Mandar á uno ver ó imaginar varios lados, y al mismo tiempo no ver ni imaginar ni tres, ni cuatro, ni número alguno, es prescribir y prohibir á la vez la misma operación.— De modo semejante, cuando, después de haber visto en el campo treinta árboles distintos, encinas, tilos, abedules, olmos, pronuncio la palabra árbol, no encuentro en mí mismo una figura coloreada que sea el árbol en general; porque el árbol en general tiene una altura, un tronco, hojas, sin tener tal altura, tal tronco, tales hojas; y es imposible representarse una magnitud y una forma, sin que sean tales ó cuales, es decir, precisas.— En verdad, ante la palabra árbol, sobre todo si leo lentamente y con atención, se despierta en mí una imagen vaga, tanto que en el primer instante no puedo decir si es la de un manzano ó la de un pino. Del mismo modo, oyendo la palabra polígono, trazo en mí mismo muy indistintamente líneas que se cortan y tratan de circunscribir

un espacio, sin que sepa todavía si la figura que está camino de nacer será cuadrilátero ó pentágono. Pero esta imagen incierta no es el árbol abstracto, ni el polígono abstracto, lo vago de su contorno no le impide tener un contorno propio; es cambiante y oscura, y el objeto designado por el nombre no es ni cambiante ni oscuro; es un extracto muy ajustado; se puede en muchos casos dar su definición exacta. Podemos decir rigurosamente lo que constituye el triángulo, y casi rigurosamente lo que constituye el animal. El triángulo es una figura limitada por tres líneas que se cortan dos á dos, y no esa imagen indecisa sobre fondo negrozco ó blanquecino, de puntas más ó menos agudas, que sucesivamente á la menor insistencia, se encuentra escaleno, isósceles ó rectángulo. El animal es un cuerpo organizado que se alimenta, reproduce, siente, y mueve, y no este algo informe y oscuro que oscila entre formas de vertebrado, de articulado ó de molusco, y no sale de su estado incompleto sino para tomar el color, el tamaño, la estructura de un individuo.

Así, entre la imagen varia y cambiante sugerida por el nombre y el extracto preciso y fijo anotado por él, hay un abismo.—Para convenirse de ello, considere el lector la palabra miriágono y lo que designa. Un miriágono es un polígono de diez mil lados. Imposible imaginarle, aun coloreado y particular, con mayor razón general y abstracto. Por lúcida y comprensiva que sea la vista interior, después de cinco ó seis, veinte ó treinta líneas, tiradas con mucho trabajo, la imagen se embrolla y se borra; y sin embargo, mi concepción del miriágono nada tiene

de embrollado ni borroso; lo que concibo, no es un miriágono como este, incompleto y ruinoso, sino un miriágono acabado y cuyas partes todas subsisten juntas; imagino muy mal el primero y concibo muy bien el segundo; el que concibo es, por tanto, otro que el que imagino, y mi concepción no es en modo alguno la figura vacilante que la acompaña.—Pero por otra parte esta concepción existe; hay en mí algo que representa el miriágono y que le corresponde exactamente. ¿En qué consiste, pues, esta representación interna, esta correspondencia exacta, y qué hay en mí cuando, por medio de un nombre general que oigo, pienso una cualidad común á varios individuos, una cosa general, en resumen, un carácter abstracto?

III. Para esto, consideremos sucesivamente varios casos en que después de haber recorrido una serie de objetos semejantes, deducimos de ellos mentalmente una cualidad ó carácter general que fijamos mediante un nombre abstracto. El lector ha visitado sin duda museos de pinturas clasificadas por escuelas; después de dos horas de andar entre pinturas de Ticiano, de Tintoretto, de Bonifazio y de Veronés, si sale y se sienta en un banco, cerrados los ojos, tiene primeramente recuerdos; vuelve á ver interiormente tal rosada y rubia figura medio tendida, tal viejo alto majestuosamente envuelto en su túnica de seda, collares de perlas en brazos desnudos, cabellos rojos rizados sobre un cuello de nieve, columnas de marmol jaspeado que se alzan en un techo abierto, aquí y allá una expre-

sión alegre de muchacha, una bella sonrisa de diosa, una amplia redondez de hombro satinado, la púrpura de una tela roja sobre un fondo verde, en resumen, cien resurrecciones parciales y desordenadas de la experiencia reciente. En este momento, si se busca el rasgo dominante que reina en este mundo diverso, nada se encuentra; se siente que todo esto es bello, pero no se distingue todavía qué belleza tiene; se está agitando por veinte tendencias que nacen é inmediatamente desaparecen; se ensayan las palabras voluptuosas, rico, fácil, abundante; no convienen ó sólo convienen á medias. Se vuelve entonces á empezar dividiendo la investigación; se pasa sucesivamente revista al paisaje, la arquitectura, los vestidos, los tipos, las expresiones, las actitudes, el colorido general; se halla algún rasgo principal y saliente para cada una de estas partes, se le anota como se puede, al paso, por una palabra familiar ó exagerada, luego, volviendo á tomar todos estos resúmenes, se trata de resumirlos todavía en alguna frase abreviada que sirva de centro á tantos radios dispersos. Nos acercamos al fin, y por último una *tendencia definitiva ó casi definitiva se desprende*. Se manifiesta en los labios por las palabras de asombro, felicidad, goce elevado; al mismo tiempo, la vista interior ha percibido alguna imagen correspondiente, una flor que se abre, un rostro que sonrío, un cuerpo inclinado que se abandona, un concierto rico y lleno de dulces instrumentos, una caricia de aire perfumado en una campiña; he aquí comparaciones y metáforas expresivas, es decir, representaciones sensibles, recuerdos particulares, reaparición de sensaciones, todas análogas á las que

acabo de experimentar, del mismo tono y del mismo género. Son los efectos y las *expresiones* de la tendencia final que se ha formado.—Si nuestro paseante es artista, la formación, la separación y los efectos de la tendencia son aun más visibles. Todo el cuerpo habla; muchas veces, á falta de la palabra, expresa el gesto; un guiño, un encogerse de hombros,—un sonido imitativo vienen á ser signos que reemplazan el nombre; para designar una calle de viejas encinas, el talle se yergue recto, los piés se fijan en tierra, los brazos se extienden rígidos, luego se doblan por los codos en ángulos nudosos; para designar una espesura de madreSelva y de yedra—los diez dedos extendidos se encorvan y trazan arabescos en el aire, mientras que los músculos de la cara se retuercen en pequeños pliegues movientes.—Esta mímica es el lenguaje natural, y si tenéis algún hábito de observación interna, adivináis á qué estado interior corresponde. En efecto, las experiencias que hacemos y las imágenes que recordamos no son puros conocimientos; nos afectan tanto como nos instruyen; son una alteración—al mismo tiempo que una luz. Cada una de ellas va acompañada de una ó varias pequeñas sacudidas, y cada una tiene una ó varias pequeñas tendencias por efecto. Por bajo de las imágenes y de las experiencias, especie de vegetación que vive al aire libre, hay un mundo oscuro de impulsos, de repugnancias, de choques, de solicitudes bosquejadas, embrolladas, discordantes, que nos cuesta trabajo distinguir y que son, sin embargo, la fuente inagotable é hirviente de nuestra acción. Son esas innumerables pequeñas emociones, que al término de nuestro examen

prolongado, se resumen en una impresión de conjunto, por consiguiente, en un impulso final, en una tendencia definitiva, y la tendencia misma termina en una expresión. Cualquiera que sea esta, gesto imitador del artista, semi-visión metafórica del poeta, pantomima figurativa del salvaje, palabra acentuada del hombre apasionado, palabra dulce y términos abstractos del razonador sereno, la operación mental es siempre la misma; y si examinamos lo que ocurre en nosotros cuando de varias percepciones inducimos una idea general, jamás hallamos en nosotros sino la formación, el término, la preponderancia *de una tendencia que provoca una expresión, y entre otras expresiones, un nombre.*

Volvamos ahora á nuestro primer ejemplo.— Observo sucesivamente pinos, fresnos, castaños, abedules, todo un bosque—y noto la fortaleza del tronco y el desarrollo de las ramas, que son los dos caracteres distintivos del árbol; concibo el árbol en general y pronuncio el nombre árbol. Significa esto simplemente que una cierta tendencia, correspondiente á estos dos caracteres, y á ellos tan solo, ha concluido por desprenderse en mí y dominar sola. Cincuenta veces seguidas y sin un solo caso contradictorio, ha surgido sucesivamente á la vista de los cincuenta árboles; sola ha reaparecido cincuenta veces seguidas; las demás que correspondían á las particularidades de cada árbol se han oscurecido y anulado por su mútua contradicción; es, pues, la única que queda á flote y al presente, su obra, como la de toda tendencia, es una expresión. En el interior, esta obra es una imagen más ó menos vaga, la de una línea que se eleva recta y luego se despliega; en el

exterior, es la actitud y la postura imitativa del cuerpo; en el lenguaje primitivo, en los pueblos niños, en los orígenes de la palabra, es otra imitación poética y figurativa, cuyos trozos encontramos aquí y allí; hoy es una simple palabra aprendida, pura anotación, resto marchito del pequeño drama simbólico y de la mímica viva, por la cual los primeros inventores, verdaderos artistas, traducían sus impresiones.

IV. El lector ve ahora como pensamos una cualidad general; cuando hemos visto una serie de objetos dotados de una cualidad común, experimentamos una cierta *tendencia*, una tendencia que corresponde á esta cualidad y solamente á ella. Esta tendencia es la que evoca en nosotros el nombre; cuando nace este nombre, es el solo que se imagina y pronuncia. No percibimos los caracteres ó cualidades generales de las cosas; experimentamos solamente á su presencia tal ó cual tendencia distinta, que en el lenguaje espontáneo termina en determinada mímica, y en nuestro lenguaje artificial, en determinado nombre. No tenemos ideas generales propiamente hablando; tenemos tendencias á dar nombre y nombres.— Pero una tendencia considerada en sí no es nada distinto; es el comienzo, el rudimento, el bosquejo, lo aproximado, más ó menos difícil ó fácil, de alguna cosa, imagen ó nombre, ú otro acto determinado, enteramente distinto, que es su plenitud y su acabamiento; es el estado naciente del acto que es su estado final.— En actos positivos y definitivos, cuando pensamos ó conocemos las cualidades abstractas, no hay, pues, en nosotros

sino nombres, los unos en camino de anunciarse ó figurarse mentalmente, los otros enteramente enunciados y figurados. Por tanto, lo que denominamos una idea general, una vista de conjunto, no es más que un nombre, no el simple sonido que vibra en el aire y hiere nuestro oído, ó el conjunto de letras que ennegrecen el papel é impresionan nuestra vista, ni aun estas letras mentalmente percibidas, ó este sonido mentalmente pronunciado, sino este sonido ó estas letras dotados, cuando los percibimos ó imaginamos, de una doble propiedad, la de despertar en nosotros las imágenes de los individuos que pertenecen á una cierta clase y de ellos solamente, y la de renacer siempre que un individuo de esta misma clase, y solamente él, se presenta á nuestra memoria ó á nuestra experiencia.—La única diferencia que hay para nosotros entre la palabra *bara*, que nada significa, y la palabra *arbol*, que significa alguna cosa, es que al oír la primera no imaginamos objeto alguno, ó serie de objetos pertenecientes á una clase distinta, y que ninguna cosa ó serie de cosas pertenecientes á una clase distinta, hace nacer en nosotros la palabra *bara*, mientras que al oír la segunda nos figuramos involuntariamente una encina, un olmo, un peral ó cualquier otro arbol, y que al ver un arbol cualquiera pronunciamos involuntariamente la palabra arbol. En vez de la palabra *bara*, poned la palabra *tree*; para quien no sabe el inglés, las dos equivalen y llevan á igual efecto nulo; para un inglés, la palabra *tree*, tiene justamente las propiedades que acabamos de hallar en la palabra arbol.—Un hombre á quien se entiende es, pues, un hombre enlazado con to-

dos los individuos que podemos percibir ó imaginar de una determinada clase y tan solo á los individuos de ella. Con este título, corresponde á la cualidad común y distintiva que constituye la clase, y que la distingue de las demás, y corresponde solamente á esta cualidad; siempre que ella está presente, él lo está; siempre que falta, falta él; se despierta por ella y solo por ella. De este modo, es su representante mental y se considera el *sustituto* de una experiencia que nos está prohibida. Ocupa para nosotros el lugar de esta experiencia, hace su oficio, es á ella equivalente.

Artificio admirable y espontáneo de nuestra naturaleza; no podemos percibir ni mantener aisladas en nuestro espíritu las cualidades generales, especies de filones preciosos que constituyen la esencia y forman la clasificación de las cosas; y sin embargo, para salir de la burda experiencia bruta, para percibir el orden y la estructura interna del mundo, es preciso que las extraigamos de su envoltura y que las concibamos aparte.—Hacemos un rodeo; asociamos á cada cualidad abstracta y general un pequeño fenómeno particular y complejo, un sonido, una figura fácil de imaginar y reproducir; hacemos la asociación tan exacta y tan estrecha, que en adelante la cualidad no pueda aparecer ó faltar en las cosas sin que el nombre aparezca ó falte en nuestro espíritu, y recíprocamente. El par así formado, semeja á esos instrumentos de física y química, que por un pequeño efecto sensible, un movimiento de aguja, una variación de tinte, ponen al alcance de nuestros sentidos descomposiciones de sustancia ó variaciones de corriente que están fuera del alcance

de nuestros sentidos. El enrojecimiento súbito de un papel impregnado ó el retroceso más ó menos rápido de una lámina de hierro, están unidos á una metamorfosis íntima, ó á un grado fijo de acción profunda, y nosotros observamos el segundo objeto que no alcanzamos, en el primero que alcanzamos.—De modo semejante cuando se trata de una cualidad general, de la que no podemos tener ni experiencia ni representación sensible, sustituimos un nombre á la representación imposible y le sustituimos con razón. Tiene las mismas afinidades y las mismas repulsiones que la representación; iguales impedimentos y condiciones de existencia, la misma extensión y los mismos límites de presencia; afinidades y repulsiones, impedimentos y condiciones de existencia, extensión y límites de presencia, todo cuanto se encontraría en ella se halla en él como eco.—Por esta equivalencia, los caracteres generales de las cosas llegan al alcance de nuestra experiencia, porque los nombres que los expresan son ellos mismos pequeñas experiencias de la vista, del oído, de los músculos vocales ó las imágenes interiores, es decir, las reproducciones más ó menos claras de estas experiencias. Una dificultad extraordinaria se ha presentado; en un sér cuya vida no es más que una experiencia diversificada y continua, no puede hallarse más que impresiones particulares y complejas; con éstas, la naturaleza ha simulado en nosotros impresiones que no son ni lo uno ni lo otro, y que no pudiendo serlo, parece habían de escapar para siempre, por necesidad y por naturaleza á nuestro sér, tal como está formado.

V. Es posible asistir de cerca al nacimiento de estos nombres generales; en los niños, se observan experimentalmente. Les nombramos un objeto particular y determinado, y con un instinto de imitación semejante al de los papagayos y los monos, repiten el nombre que acaban de oír.—Hasta este punto, no son más que monos y papagayos, pero manifiestan una delicadeza de impresión enteramente especial al hombre. Pronunciáis delante de un niño en su cuna la palabra *papá*, mostrándole á su padre, al cabo de algún tiempo, á su vez, balbucea la misma palabra, y creéis que la dá el mismo sentido, es decir, que no surgirá en él sino á la vista de su padre. En modo alguno, cuando otro señor, es decir, una forma semejante, con gaban barba y voz gruesa, entre en la habitación, le ocurrirá muchas veces llamarle también papá. El nombre era individual, él lo ha hecho general: para vosotros no se aplicaba más que á una persona; para él se aplica á una clase. En otros términos, una cierta *tendencia* correspondiente á lo que hay de común entre las diversas personas que llevan gaban, tienen barba y una voz gruesa se ha despertado en él, á consecuencia de las experiencias por las cuales los ha percibido. No es esta tendencia la que queríais despertar; ha surgido enteramente sola; esta es la facultad del lenguaje; está fundada por entero sobre estas tendencias consecutivas, que sobreviven á la experiencia de individuos semejantes y que corresponden precisamente á lo que hay de común en ellos.

A cada momento, vemos estas tendencias operar en los niños y contra el idioma, de suerte que hay que rectificar su labor espontánea y de-

masiado pronta.—Una niña de dos años y medio tenía al cuello una medalla bendita; se le había dicho: «Es el buen Dios» y repetía «es el *bo Du*». Un día, sentada en las rodillas de su tío, le cogió el monóculo y dice: «Es el *bo Du* de mi tío». Claro es que involuntaria y naturalmente había forjado una clase de individuos, para la cual no tenemos nombre, la de pequeños objetos redondos, provistos de un apéndice y atados al cuello por un cordón, que una tendencia distinta, correspondiente á estos cuatro caracteres generales y que no experimentamos nosotros para nada, se había formado y actuaba en ella. Un año después, la misma niña, á quien se hacía nombrar todas las partes de la cara, decía, tras de alguna vacilación, tocando sus párpados: «Son las telas de los ojos».—Un niño de un año había viajado varias veces en ferrocarril. La máquina con su silbato, su humo, y el estrépito que acompaña al tren, le había sorprendido; la primera palabra que hubo pronunciado era *fafer* (ferrocarril); en adelante, un vapor, una cafetera de alcohol, todos los objetos que silban, hacen ruido y despiden humo, eran *fafer*. Otro instrumento muy desagradable á los niños (perdón por la palabra y el detalle, se trata de una lavativa) había dejado en él, como es justo, una impresión muy fuerte. El instrumento, á causa de su sonido había sido llamado un *xi xi*. Hasta los dos años y medio, todos los objetos largos, huecos y delgados, un estuche, una pipa, una trompeta, eran para él *xi xi*, y solo con desconfianza se acercaba á ellos. Estas dos ideas dominantes, el *xi xi* y el *fafer*, eran dos puntos cardinales de su inteligencia, y partía de ellos para comprender y nombrarlo todo.

En este respecto, el lenguaje de los niños es tan instructivo para el psicólogo como los estados embrionarios del cuerpo orgánico para el naturalista. Este lenguaje es cambiante, incesantemente transformado, distinto del nuestro; no solamente las palabras están en él desfiguradas ó inventadas, sino que también el sentido de ellas no es el mismo que en el nuestro; jamás un niño, que por primera vez pronuncia una palabra, la toma en el sentido exacto que nosotros le atribuimos; este sentido es para él más ó menos extenso que para nosotros, proporcionado á su experiencia del momento, cada día ampliado ó reducido por sus nuevas experiencias, y muy lentamente llevado á las proporciones precisas que tiene para nosotros (1).—Una niña de diez y ocho meses ríe con toda su alma cuando su madre y su niñera juegan al escondite detrás de un sillón ó una puerta y dicen: «*Cou cou*». Al mismo tiempo, cuando su sopa está demasiado caliente, cuando se acerca al fuego, cuando tiende sus manos á una bugía, cuando se le pone el sombrero en el jardín porque el sol calienta, se le dice «eso quema» (*ça brûle*). He aquí dos palabras notables y que para ella designan cosas de primer orden, la más fuerte de sus sensaciones de dolor, la más intensa de sus sensaciones agradables. Un día, en la

(1) La diferencia es análoga si se compara los sinónimos de dos lenguas. Clergyman y eclesiástico, God y Dios, Liebe y amor, brío y brillante, girl y muchacha, no significan lo mismo, aunque se traduzcan uno por otro. Las dos palabras de cada par representan dos cosas distintas y sentidas diferentemente en los dos pueblos. Su sentido no es el mismo sino *grosso modo*; los pormenores del sentido difieren y son intraducibles, á falta de objetos y emociones semejantes en uno y en otro.

terrazza, viendo que el sol desaparece detrás de la colina, dice: *A bule cucú*. Es un juicio completo, no sólo expresado por palabras que no usamos, sino aún correspondiente á ideas, por tanto, á clases de objetos, á caracteres generales, á tendencias distintas que en nosotros han desaparecido. La sopa demasiado caliente, el fuego del hogar, la llama de la bugía, el calor de mediodía en el jardín, y finalmente el sol forman una de estas clases. La figura de la niñera ó de la madre desapareciendo detrás de la colina forman la otra. Una y otra están limitadas á esto; la tendencia consecutiva termina en las palabras *a bule*; la consecutiva á la segunda termina en la palabra *cucú*.—Estado semejante difiere mucho del nuestro, y sin embargo, no hay en él más que tendencias análogas á las nuestras, despertadas del mismo modo que éstas, correspondientes á caracteres generales como en nosotros, pero á caracteres menos generales que en nosotros, en resumen, terminando por nombres semejantes en sonido y diferentes en el sentido (1).

A medida que la experiencia de los niños se acerca más á la nuestra, sus tendencias á nombrar coinciden más exactamente con las nuestras; se organizan por grados como un embrión. De igual modo que en el feto, se vé sucesivamente la cabeza desproporcionada reducirse á su justo tamaño, las fontanelas del cráneo cerrarse, los cartilagos cambiarse en huesos, los vasos rudimentarios determinarse y ramificarse, la comunicación entre la madre y el niño cerrarse, de igual modo en el lenguaje infantil, se ven sucesi-

(1) Véase la nota I al fin del tomo.

vamente los dos ó tres nombres dominantes perder su preponderancia absoluta, las palabras generales limitar su sentido demasiado vasto, precisar su sentido demasiado vago, ponerse frente á frente, adquirir enlaces y suturas, completarse por la incorporación de otras tendencias, ordenar por ellas nombres de clases más reducidas, formar un sistema correspondiente al orden de las cosas, y obrar finalmente por sí solos y por sí mismo sin la ayuda de los nomenclator que hallan á su alrededor.—Un niño ha visto á su madre vestir para una reunión un traje blanco; ha conservado esta palabra, y en adelante, tan pronto como una mujer está vestida, sea el traje rosa ó azul, le dice con su voz cantante, admirada, alegre: «¿Te has puesto tu traje blanco?» Blanco es una palabra demasiado lata; es preciso que posteriormente la reduzca á un sólo color.—El mismo niño oye á su madre que le dice: «Mueves demasiado la cabeza; vas á pegar en la mesa». Responde con aire curioso y sorprendido: «¿Tu cabeza va á pegar en la mesa?» *Tú* está tomado en un sentido demasiado vasto, es preciso que posteriormente esta palabra designe sólo la cabeza de aquél á quien se habla.—El encauzamiento va á hacerse; nuevas experiencias completarán la tendencia que producía la palabra *blanco*, y posteriormente acabada, corresponderá, no sólo á la presencia del color brillante, sino á la presencia de un sólo color. De modo semejante, y por otra serie de experiencias, la *tendencia* que producía la palabra *tú*, definitivamente precisada, corresponderá, no sólo á la posesión, sino además á esta circunstancia suplementaria de que la cosa poseída pertenece á alguien á

quien se habla. Tal es la historia del lenguaje; espontáneamente, después de haber tenido la experiencia de objetos semejantes, sentimos una tendencia que corresponde á lo que hay de común en ellos, es decir, á algún carácter general, á alguna cualidad abstracta, á un resumen de estos objetos, y esta tendencia termina en determinado gesto, en cierta mímica, en cierto signo distinto que hoy es un nombre.

En esto consiste la superioridad de la inteligencia humana. Caracteres muy generales despiertan en ellas tendencias distintas. En otros términos, basta con semejanzas muy ligeras entre diversos objetos para suscitar en nosotros un nombre ó designación particular; un niño lo consigue sin esfuerzo, y el genio de las razas bien dotadas, como el de los grandes espíritus y notablemente de los inventores, consiste en notar semejanzas más delicadas ó nuevas, es decir, en sentir despertarse en ellos, á la vista de las cosas, pequeñas tendencias delicadas, y por consiguiente, nombres distintos que corresponden á matices imperceptibles para los espíritus vulgares, á caracteres muy menudos ocultos bajo el montón de las grandes circunstancias que sorprenden, las únicas que sean capaces, cuando el espíritu es vulgar, de dejar en él su huella y tener en él su eco.—Una vez establecida esta aptitud, lo demás sigue. Por la acumulación y la contrariedad de las experiencias diarias, las tendencias y los nombres se multiplican, se circunscriben, se subordinan, como las cualidades generales que representan; y el orden de las cosas se traduce y repite en nosotros por el de las tendencias y los nombres.

IV. Por otra parte, si así puede decirse, los nombres se llenan. A medida que nuestras experiencias llegan á ser más numerosas, notamos, y por tanto nombramos, un mayor número de caracteres generales en un mismo objeto. Su nombre, que primero designaba el carácter único que nos había sorprendido en la primera experiencia, designa ahora otros varios. Corresponde no ya á una cualidad abstracta, sino á un grupo de cualidades abstractas; no era más que general y viene á ser *colectivo*.

Consideremos un animal cualquiera, un gato, por ejemplo. Como todos los gatos se asemejan mucho y difieren mucho de nuestros demás animales, hemos aprendido fácilmente su nombre común y notado sus caracteres comunes. En otros términos, este nombre corresponde en nosotros á una cierta forma distinta, inmóvil ó saltando, que duerme en una granja ó corre con precaución por un tejado. He aquí el común sentido popular; la tendencia que lleva al nombre no corresponde casi más que á este carácter. Pero hé aquí que un naturalista me abre un gato y me hace ver la bolsa que se llama estómago, los tubitos infinitamente ramificados llamados venas y arterias, el paquete de tubos lisos que forman los intestinos, estos cordones, cajas, arcos, cavidades ó semicavidades sólidas que se articulan las unas en las otras y constituyen los huesos.—Permanecería allí seis meses y siempre vería cosas nuevas; si cojo un microscopio mi vida no bastaría para ello; más allá de las propiedades observadas, siempre quedarán otras, materia ilimitada de la ciencia ilimitada. En adelante el nombre corresponde para mí no solo á la experiencia de

una determinada forma exterior, sino todavía á la de una cierta estructura interna, es decir, á un número enorme de experiencias de todas clases que están hechas y de un número indefinido de experiencias de todo género que podrán hacerse. Si he notado suficientemente esta estructura interna, á la vista del esqueleto desnudo, como á la del cuerpo vivo cubierto con su pelo, pronunciaré sin equivocarme la palabra gato. La segunda experiencia lleva ahora al mismo nombre que la otra. Dos tendencias distintas coinciden, pues, en un mismo efecto. El nombre ha venido á ser el equivalente de los caracteres comunes á los diversos esqueletos de la especie, como de los caracteres comunes á los diversos individuos vivos de la especie; su presencia, que antes no despertaba más que las imágenes de ciertas formas peludas, animadas, que brincan, despierta ahora además la de ciertas armazones óseas é inanimadas.— Puede despertar bastantes más imágenes, las de todas las particularidades mecánicas, físicas, químicas, anatómicas, vitales, morales, que un naturalista ó un moralista, puede observar en la especie de los gatos; los reúne á ella subordinados al mismo tiempo que los nombres porque se las designa; es el sustituto de todo este grupo. Si se pronuncia delante de vosotros la palabra gato, podéis sustituirla por una definición ó una descripción, es decir, poner en su lugar los dos nombres principales que determinan su puesto en la clasificación animal ó reemplazarla por el nombre de todos los caracteres que vuestras observaciones han obtenido de él, y por consiguiente, ver reaparecer en vos más ó menos claramente, las simulaciones de estas experiencias. En lo su-

cesivo, el par de que el nombre es primer término comprende, como segundo, un cortejo inmenso de otras palabras, y por consiguiente, una serie también grande de tendencias distintas, las cuales corresponden á caracteres generales igualmente distintos, y dejan lugar al lado de ellas para una infinidad de tendencias nuevas que la observación podía provocar.—Tal es la virtud de la sustitución establecida por los pares. Siendo dos términos equivalentes el uno al otro, el primero tan simple, tan ductil, tan fácil de recordar, puede reemplazar al segundo, aun cuando este es un ejército inmenso cuyos cuadros siempre abiertos, esperan y reciben incesantemente nuevos soldados.

El lector observa inmediatamente que en lugar del nombre gato, podría ponerse el de perro, mono, cámbaro, y de un animal cualquiera, ó planta, y también de un grupo cualquiera, animal ó vegetal, tan amplio ó tan reducido como se quiera, y en general, de cualquier grupo, moral ó físico; la operación sería semejante; todos los nombres generales se terminan del mismo modo. Ordenados los unos en relación á los otros, cada uno con su acompañamiento de tendencias, componen el ajuar principal de una cabeza que piensa. Al lado de las experiencias perpetuas y de las imágenes renacientes, ruedan nombres que llamamos ideas, todos representantes mentales de caracteres abstractos y de cualidades generales, todos evocados por tendencias distintas, aumentados todos incesantemente por nuevas tendencias, sin cesar ampliados en su contenido, por el progresar diario del descubrimiento, que añadiendo algo á su sentido limita su aplicación.